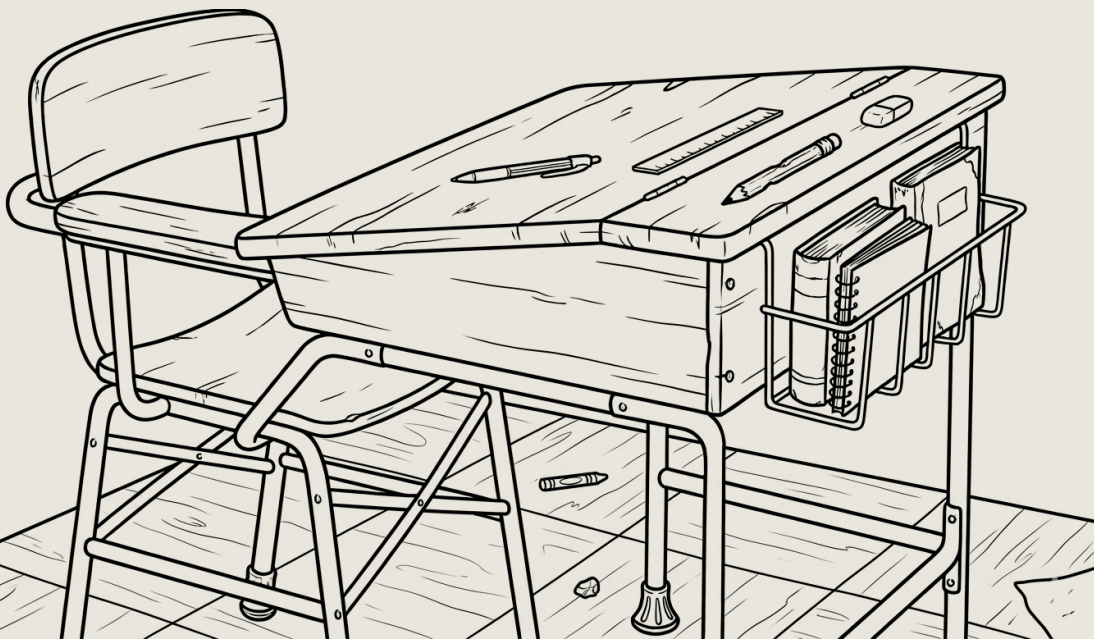


# EL EJERCICIO CARMESÍ

Era una tarde de esas: a través de las ventanas, franjas doradas caían sobre el espectáculo caótico de los niños de la sección B del cuarto de primaria. Uno aquí, pase largo, otro allá. Uno distinto, Renato Chipana, persigue a su amiguísimo entre las carpetas desigualmente enfiladas, apiñadas, convertidas en círculos para chismosear sobre la parejita del año; y, de repente, de la nada, lo agarra y lo jala y lo empuja y mira cómo arruinaste el dibujo de Carolina. Caen los colores sobre las baldosas desdentadas



y ya se vuelven nuevos obstáculos para las carreras mortales del salón. Renatito alerta el llanto ahogado de la niña y *no vaya a ser que llamen a mis papás*, entonces la consuela y le dice que es fuerte, demasiado, y que no llore porque los niños nunca lloran. Al rato, un sonidito electriza sus vellos del brazo, tanto que vuela hacia su carpeta despavorido: *el profe, el profe*.

Al llegar, se percató de que solo era la pelotita de papel que brincaba sobre el salón. Sin embargo, a su costado, Renato alcanzaba a escuchar la conversación de un grupito cerrado y visiblemente temerario. Andaban de pie, cercando a un pequeño niño que estaba sentado en su pupitre, arrebatándole una declaración: "Dinos la respuesta del ejercicio doce".

Ahora sí, callado, prestaba atención a cada palabra mientras fingía avanzar con sus tareas del día siguiente. "Mentiroso, sí que sabes la respuesta", se escuchó. Era su amigo el gordo Marti al que intervenían. Su gran y querido amigo, su *twin* en años pasados, pero que ahora parecía encontrar en otros compañeros la energía del chacoteo. "No sé nada, nada", logró escuchar. Y, de repente, esa gentita se difuminó en un parpadeo junto con un palmazo en la carpeta: el gordo Marti temblaba como nunca.

Tamborileó un poco los dedos. Por un momento creyó que ese golpetazo era una

nota de más a la bullanguería del salón que siempre acontece al finalizar el año escolar. El ritmo de sus dedos respondió a la melodía de sus pensamientos. *¿Ese ejercicio doce no es el de matemáticas?*, se preguntó, deteniéndose en el mosaico de sus recuerdos, buscando eso que sabe, pero que al mismo tiempo no.

En efecto. Era el ejercicio que la mayoría trataba de resolver en el blanco pizarrón garabateado de tímidos intentos. Allí estaban la tinta del rojo, el verde, el azul y el negro, como mezclándose, después de ser borrados no con la mota sino con la mano del maestro, salvajemente.

A esa pizarra miraba el pequeño Renato Chipana. Entre ese vómito de colores distinguía el ejercicio que no había copiado en su cuaderno y por el cual urgía ponerse manos a la obra, porque no vaya a ser que a sus papás se les dé por revisar hoy, precisamente hoy, los cuadernos. Y, al no ver nada, se desconozcan con él. Otra vez.

Con el cuaderno prestado del gordo Marti logró copiar el problema. Pero desde ya se sabía que este problema era todo menos papayita. Entonces, empezó a buscar otras maneras para rascar puntos y ganarse la alegría de sus padres. Y así lo hizo, filtrando las cochinadas que unos niños decían cuando la miss Raquel escribía en el pizarrón.

—Fíjate, Irma. Renato ha hecho labor social. Tal vez sea abogado —dijo el padre de Renato en plena cena familiar.

—Su maestra me llamó, me dijo que era un caballero —dijo desinteresadamente la madre.

—Muy bien, hijo, tal vez así te llegue algo bueno por Navidad. Una Nintendo, creo que me dijiste un día...

—Nada de regalos aún, Hilario, ¿no te acuerdas de las últimas notas de tu hijo? Hablando de eso, ¿fuiste a la última reunión de padres?

—Que ya te he dicho, mujer, estoy trabajando. Por favor... ¿¿Qué parte no entiendes de que estoy trabajando?!

—Trabajando... Claro. Parece que ya te olvidas de que tienes familia.

—¡Dios! ¡Qué difícil es hablar contigo, carajo! —gritó antes de cerrar la puerta del comedor, para luego dejar al pequeño Renato Chipana, mirada perdida, con el recalentado de lentejas a medio terminar.

Por poquito... Era esa Nintendo, sin embargo, la que abrigaba toda su atención e intención. Y si resolviendo ese ejercicio difícil, temido

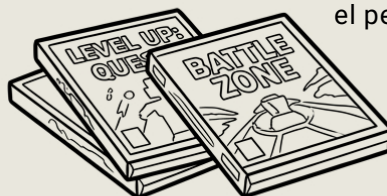
por muchos, ¿acaso sus padres se dignarían a comprarle esa consola? Porque, al resolverlo, él y solo él habría dinamitado la popularidad de tan energúmeno ejercicio. De pronto, ese veinte y ese Nintendo compensarían con un abrazo acalorado por los desgastados fuegos del infierno todas las veces que papá no estuvo.

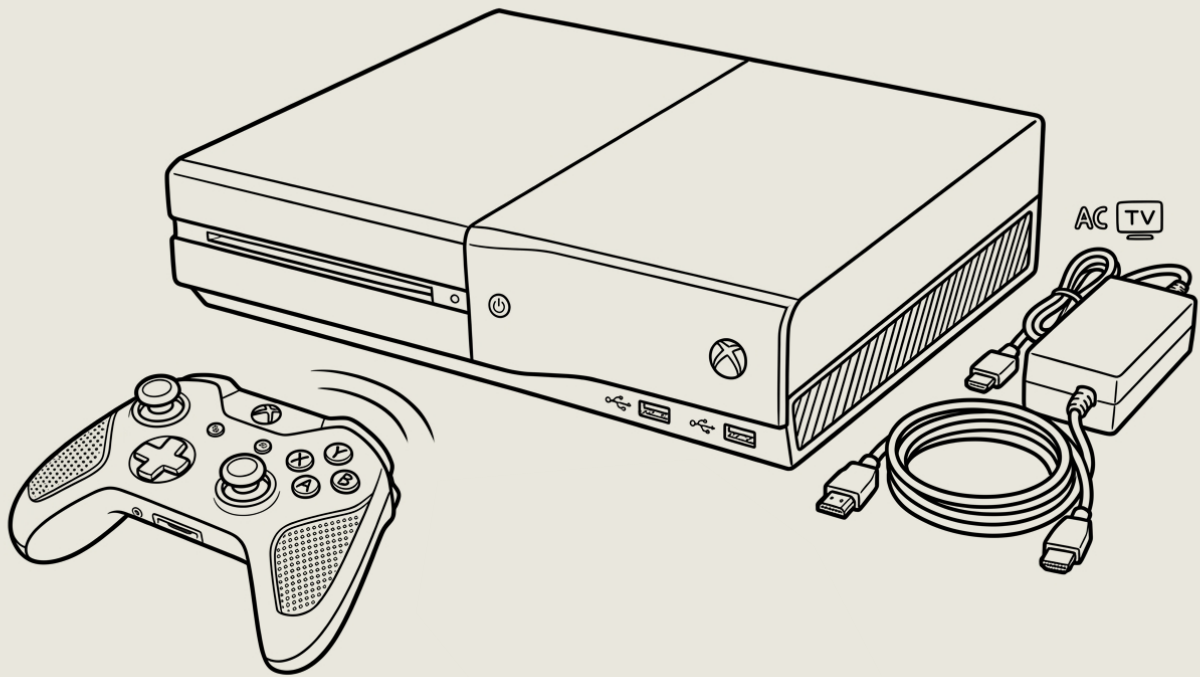
## II

Abrió la puerta y la seca bisagra serruchó la serenidad de la sala. A contraluz, el oscuro perfil de Renato y una escarcha de polvo se elevaban como una constelación moribunda. Tanteó su paso por la sala, ubicando el interruptor del foco de luz. Ya encendida, cerró la puerta: era su sala amortiguada por el desorden. Buscó el enchufe y “que las luces navideñas alegren el arbolito, el nacimiento”. Parecían latidos contados, coloridos, de una casa en estado de coma.

Un poco más allá, en el escritorio de su padre, se exhibía un torrente de papeles y archivos, así como una corbata que colgaba en el respaldo de su asiento y sus zapatos olorosos debajo de él. Irma estaba harta de repetirle a su esposo que tiene un cuarto y que, si seguía así, botaría todas sus cosas a la calle para que el perro se las comiera.

Eran las cuatro de la tarde y no había nadie. Por un





momento, se dijo que tenía tiempo suficiente como para descansar un poco y servirse la comida. Se fue por la cochera, la cocina, su cuarto. Mientras el microondas avivaba el aroma del lomo saltado, él seguía uniformado y tendido en su cama, mirando el techo, cuya pintura era despelada por la humedad; poco a poco, pudo distinguir cómo unas grietas se dibujaban en su contorno. Parecía como si su casa se fuera a desplomar con tan solo desearlo, pero Renato aún confiaba en el ejercicio doce.

*¡Ya pues!* Agarró la mochila, la abrió salvajemente. Sacó los cuadernos del día: el verde de Ciencia y Ambiente, el amarillo de Personal Social, el azul de Comunicación y este último de... *¡Ajá!* El rojo quemante de Matemáticas. Era un cuaderno pesado, engordado de goma por las innumerables separatas de operaciones que el profesor mandaba a pegar. Aparte de ello, ecuaciones delineadas por el lapicero también rojo, que más parecían heridas quirúrgicas marcadas en las hojas del cuaderno; abajo, la solución garabateada con el lápiz

2B, sumas, restas, múltiplos, signos algebraicos que eran desmenuzados en la solución del problema.

Le parecía agresiva la densidad de aquellos murales numéricos. Fácilmente uno de ellos, extremando su tamaño, podría servir de parche para las grietas de la casa. *Tal vez solo es cuestión de dormir un rato, que los nervios se calmen... cuando duermo, siempre apruebo.* Cerró la puerta con chapa. Se echó de nuevo a la cama con un suspiro añadido que más parecía de cansancio.

Pero, por un momento, le asustó pensar en que podría quedarse dormido de corrido, y que así no recibiría a su padre de noche cuando llegase del trabajo. Pero había algo, no sabía qué, por lo que su corazoncito le obligaba a reconsiderar el recibir a su papá. Era un rancio recuerdo que solo él olvidó.

—Papá, papá, vamos al cine —imploró Renato.

—Irma, lleva al niño al cine mañana—dijo fuerte, con las palabras apenas pronunciadas, echado en el sillón de la sala.

—¡Dios, Hilario! Te he dicho que no puede ir... Está bajísimo en sus notas —gritó la madre desde la otra habitación.

—¿Qué? A ver, Renato, pásame tus cuadernos.

El niño se quedó mudo.

—Ya no quiero ir —dijo el niño en voz baja, retrocediendo.

—¿Cómo?! A ver, a ver, pásame tus cuadernos.

—Pero...

—No te estoy preguntando, Renato. ¡Tus cuadernos!

Su padre se sentó en el escritorio y, como de costumbre, dejó la corbata y los zapatos donde no debía. Esperó la llegada de su hijo con la mirada en el techo, recalibrando energías. El cansancio cobró una forma de bestia palpitante. El niño ingresó con todos los cuadernos superpuestos, como una torre con todos los colores del arcoíris, pero destellado por el frío resplandor de la bombilla de luz. Se recompuso. Renato estaba parado enfrente de él, asfixiado por los pases de página de cada cuaderno.

—¡Diez! ¡¿Sacaste diez en Comunicación?!

El niño reparó en mirar al suelo.

—¿Cómo que diez, Renato?

Él seguía en silencio.

—¡Responde!

—Lo siento, papá. Es que no entendía —dijo tartamudeando.

—¿Y por qué no le pediste ayuda al profesor?

—No sé. Solo me da miedo un poco...

—Miedo un poco... ¡O sea, gasto plata en tu colegio para que tengas miedo! —enunció en voz alta.

Seguía con la inspección. El padre retorció los dedos de su mano, como impidiendo una explosión en rojo delirante. Entonces, decidió proseguir con el cuaderno de Matemáticas. Ceño fruncido, respiración cortante. Su mirada zigzagueaba sobre esas otras marcas en rojo, esas aspas al costado de la solución del problema. Faltaban contados pliegos para que el padre llegara a una nota que el profesor le había escrito a Renato: "Si sigues así te irás a primero de primaria para que aprendas a restar".

Era su posible reacción lo que le hacía temblar de manera disimulada. Ya no faltaba casi nada para toparse la nota, ese ceño iba a remedar las expresiones del diablo en persona. Faltaba poco y manos sudadas,

empuñadas, labios prietos, ojos nerviosos, *papá, lo siento, y...* ¡ringggg! Sonó el celular del padre. Lo ignoró, pero de nuevo ¡ringggg!

—¡Cómo joden! —gritó.

Después de tanta insistencia, sacó su celular con furor. El número del contacto alivió su mal carácter. Tragó saliva, se puso cómodo, luego practicó una sonrisa fingida. Y allí estaba Renato, tembloroso. Pero la imagen de su padre riendo después de tal tensión

no hizo más que confundirlo: tranquilizarse o asustarse.

El padre se desató un poco la corbata porque apareció otro rojo que aún es muy pronto para entender, Renato. Y en ese instante, alcanzó a escuchar la melodía de una voz femenina en el intercomunicador, un poco más amena, coqueta, que lo hizo levantarse, ponerse firme y decirle muy desinteresadamente:

—Renato, dile a tu mamá que vuelvo en treinta minutos.

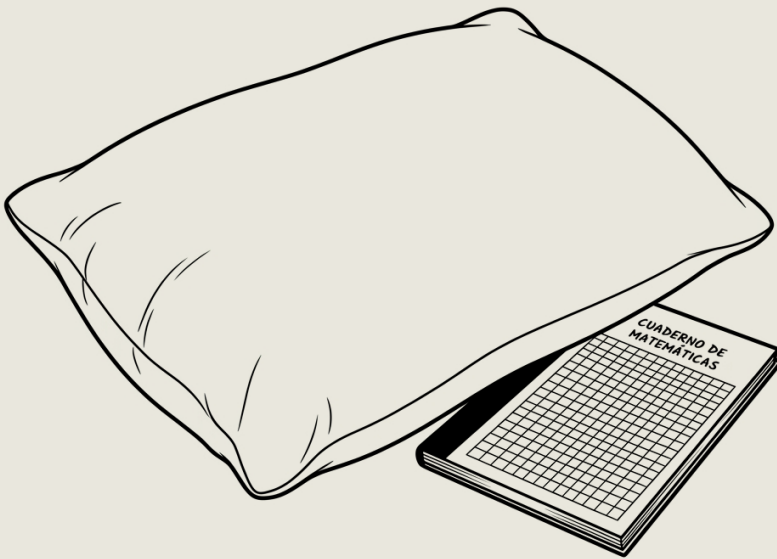
—¿A dónde vas? —preguntó la madre que pasaba por la sala.

—Es algo del trabajo. Vuelvo enseguida — cerró la puerta.

### III

Parecía que el recuerdo nadaba en su inconsciente. Estaba allí, muy abajo, en los azulinos mares de su memoria, pero donde se escondía ese rancio recuerdo que tácitamente le decía que, si aprueba el ejercicio doce, ahora sí, su papá lo complacería con su ansiado Nintendo. Tal vez, de manera perniciosa, eran las sábanas alborotadas que lo remontaban a la imagen de su padre con el ceño fruncido, o al viejo olor claustrofóbico del momento que se colaba en sus recuerdos.





Había pasado tiempo y no lograba dormir, tal vez sea el cuaderno. Saltó de la cama y se fue directo a su mochila para desempacar todo lo que se encontraba allí. Agarró el gordo cuaderno de matemáticas y se dijo que la mejor manera de tenerlo bajo control, neutralizar su calidad estresante, era ahogarlo contra su almohada para por fin exterminar el teñido *rojocarne* que tanto lo atormentaba.

Eso pensaba él, eso era lo lógico, eso tenía sentido, porque qué cosa más tendría sentido. De esta forma apoyó su cabeza fuertemente contra su almohada. Y, con esa misma intensidad, cerró de nuevo los ojos. Su cabeza parecía convulsa, daba latidos forzosos y desesperados en favor de una cábala incomprensible, pero que para el pequeño Renato Chipana podría funcionar. *Lo hará, sí que lo hará.* Y tendría alguien que vería los resultados y ese sería el salón entero con aplausos. Su madre que siempre le decía a su padre que *no, Renatito no, porque saca malas notas, pero ahora sí, Renatito sí es una alegría* porque mañana llegaría y gritaría *¡Papá, papá! Te dije, te dije, te la traje, mi gran nota, cómo huele mi nota, ¿no? Papá, ¿ahora sí comprarás mi Nintendo por Navidad e iremos de paseo a la playa? ¿Y comeremos pollo a la brasa? ¿Y ya podremos ir al cine? ¿Al parque? Wouuuuuuuuuuuuuuuuuuu al parque*

*de los dinosaurios, papá, ¿sí? ¡Síiiii!, gracias-graciasgracias y con rica comida y muchos juguetes y tantos Nintendos tantos y muchos fuegos artificiales y regalos y veranos y todo papá gracias porque mucho amo mucho te amo mucho amo te mucho mucho y sé que me amas y me amarás porque mira el veinte que soy...*

Despertó con un suspiro. Ya era de noche. Parecía como si el día hubiera tomado un descanso de él. Agarró su almohada y se la llevó a la sala, al escritorio de su padre. Pero cuando se dio cuenta de su error, de no tener el cuaderno rojo, apenas podía dirigirse a su cuarto, pues andaba como ebrio, algo se había extraviado en su sueño. Regresó y, siendo las ocho, esperó que la magia divina de la aritmética hiciera efecto, y así parecía serlo, pues entrecerraba los ojos y veía todo borroso. Creía que era una consecuencia natural. Tal vez, mientras más entrecerrara los ojos, entre ese desenfoco ocular, la nítida respuesta aparecería como algo sorprendente.

Lo mágico fue que por fin pudo conciliar el sueño de manera natural, dormir sobre el escritorio. Y cuando sus padres por fin llegaron del trabajo, discutían como salvajes sobre quién llevaría al niño a su habitación.